

ción de cabeza, permanece inmóvil, sin un gesto y sin avanzar un paso, dando a entender que espera que el cortejo se retire. A una señal de la Reina, salen las damas hacia los jardines. Don Gonzalo sale acompañándolas. Quedan solos el Rey y la Reina.)

— ¿De cuándo, las Isabeles que son reinas castellanas vienen como los infieles viajando por caravanas?

ISABEL

Desde que el Rey su favor no quiere otorgarme ya.
Decidme: ¿a Italia, quién va?

REY

Tal vez yo mismo.

ISABEL

Señor...

REY

Tal vez Felipe y con él mi consuegro el Imperial; o tal vez, por Isabel nuestra hija, el de Portugal nos ganará este laurel. Ahora véis por qué, en prolijas componendas de personas, allegué tantas coronas.

ISABEL

Pagasteis caro... ¡con hijas!
— Ved que cual sombras seremos si a nuestro pueblo, Señor, nuestro aliado no hacemos; al cabo, ya no tenemos otro heredero mejor. Y si en su pueblo Isabel mantiene sus ojos fijos, no queráis hacer con él como con los otros hijos. No busquemos gente extraña para encarnar nuestro afán, ¡dad la espada al capitán y usad el brazo de España!

REY

Lavantamos un poder
que, con el tiempo en su abono,
sobre el trono habéis de ver.

ISABEL

¡Así tendrá que crecer
para rebasarlo, el trono!

REY

Navarro os conoce bien,
que previó vuestro consejo...

ISABEL

Ese es un poder también;
pero, como el mal, muy viejo.
Y aun creo que, en su perfidia,
veo a Gonzalo mejor;
porque el valor del valor
lo da, en su sombra, la envidia.
¡Vos mismo entre sus espinas
dejasteis vuestros vellones!

que, para ensayar sus minas,
busca fuertes torreones.
Ya hace tiempo... Este Navarro
debió abrigar la esperanza
de darle un día a su carro
las sendas de la privanza;
y por ganar mi favor
no le detuvo el destrozo
ni halló camino mejor
que insinuarme delator
vuestras fortunas de mozo.
Se hablaba de bastardías
que es doctrina al parecer,
muy suya y, queriendo arder
leña vuestra en llamas mías,
Navarro fué, en su ambición,
el primero que me dijo
que era vuestro, vuestro hijo
Don Alonso de Aragón.

REY

¿Sufristeis?

ISABEL

Como jamás
he vuelto a sufrir tal vez.

REY

Él fué cruel; y yo más.

ISABEL

¡Y era la primera vez!
— Cuando hoy topé, en el dintel,
con Navarro, aún he sentido
no sé qué amenaza en él,
de un daño desconocido.
Mi pecho. . .

*(En la paz de la puesta,
una voz de mujer, primero
dulcísima y tenue, engrosán-
dose después, se diluye, has-
ta crear la situación que si-
gue.)*

— ¿Cantan, Señor?

(Se detiene para escuchar.)

¿Y es en mi Alhambra?

REY

(Afectando indiferencia.)

A la orilla
del Darro, suena el rumor;

cantando harán su labor
las esclavas de Tendilla.

ISABEL

La voz es una.

REY

Por tanto,
será una esclava.

ISABEL

Escuchemos. . .

REY

(Tratando de interesarla.)

¿Decís que a Italia enviemos? . . .

ISABEL

*(Mirándole fijamente, con
recelo.)*

¡Dentro, en la torre, es el canto!

UNA VOZ DE MUJER

(*Cantando.*)

«Si me era moraima, mora,
«¡maldígate Alah, el Rumí!
«¿por qué te olvidas así
«de mi corazón que llora?»

ISABEL

¡Qué dulce melancolía
de voz!... ¿oísteis, señor?

REY

(*Como antes; pero sin lo-
grar distraer de sus recelos a
la Reina.*)

No escuchaba...

ISABEL

Se diría
que era una queja de amor.

(*Con intención y acusando
casi; acercándose al Rey.*)

— ¿Loraréis luego, al oír
la misma voz junto a vos?

REY

¿Queréis decir?...

ISABEL

¡No, por Dios,
que no lo quiero decir!

REY

¿Pues qué os anuncia el cantar?

ISABEL

¡Que ya sé por dónde mata
la saeta que al entrar
quiso Navarro ocultar!

(*Amenazante y dirigiéndose
a la derecha.*)

— ¡No, Rey!

(*Llamando.*)

¡Beatriz!

REY

(Tranquilo aparentemente, responde al gesto de la Reina llamando, a su vez, desde la izquierda.)

¡Zapata!

BEATRIZ

(A la Reina, llegando, y con interés al notar su emoción.)

¿Mandáis?

ISABEL

Entra en casa, corre Beatriz, sin perder momento, ¡y dispón sitio, en la Torre, para mi aposentamiento!

(Sobrevino Zapata, que se acerca al Rey, esperando sus órdenes.)

REY

(En el más natural de los tonos, afectando mayor tranquilidad y levantando menos la voz a medida que crece la exaltación de la Reina, a Zapata.)

Mientras que vida tengáis no ha de entrar persona viva en la Torre en que guardáis a la rebelde cautiva.

ISABEL

(A Beatriz.)

¡Lo que te ordeno has de hacer sin detenerte a pensar!

REY

(A Zapata, obligándole a adelantarse a Beatriz.)

Lo que acabo de mandar contra todos ha de ser.

ISABEL

¡Veamos si contra mí!

ZAPATA

(Vacilando al ver que avanza la Reina.)

Alteza...

ISABEL

¡Hablando me honráis;
pero haciendo me injuriáis!
¡yo entro en la Torre!

REY

(Apartando a Zapata y dejando el paso franco; con intención.)

¡Vos, sí!
— si osáis descender a tanto.

(Al recordarle las palabras del Rey lo humillante de su acción, vacila la Reina; el corazón se sobrepone y resolviéndose, va a salir.)

ISABEL

¡Paso a la Reina!

GONZALO

(Abriendo la puerta de la torre y presentándose con la espada desnuda en la mano.)

Señora,
¿qué fango dabais ahora
a los armiños del manto?

ISABEL

(Fuera de sí.)

¡Paso, os digo!

GONZALO

(Pálido y grave, casi sin entonaciones en la voz, como si en cada palabra bebiera una muerte.)

La orden dada
no espera que vos lleguéis

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA MUSEO DE LA CIENCIA
"ALFONSO REYES"
pdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

para cumplirla, mi espada;
libre la torre tenéis;

(A Zapata.)

vos la guardia amordazada;
la distancia era tan poca
que ibais a oírles gritar
y a todos les tiré a dar
la cuchillada en la boca.

(A la Reina, otra vez.)

— Ya no os afronta llegando
la prisionera; que ya
con todas sus fuerzas va
por el Albaicín trepando.

ISABEL

(Al Rey.)

¿Luego, era cierto?

GONZALO

(Atajando al Rey que va a
responder.)

El respeto
me estuvo haciendo callar;

pero ahora os vengo a librar
Rey, de guardarme el secreto.
Callad para honraros; no
para que os culpen por mí.

ISABEL

¿Por vos, Don Gonzalo?

GONZALO

Reina. Sí,

ISABEL

¿El culpable?...

GONZALO

Soy yo.

ISABEL

¡Vos! ¡y dicen que lleváis,
con tal fe de buen soldado,
tanta honra por donde váis

que una hija, en quien adoráis,
no sale de vuestro lado!
¡no le escatimáis afanes! . . .
¿Y así respetan mis leyes,
que hoy hacen mis capitanes,
burdel, para sus desmanes,
de la Casa de sus reyes?
¿Vos pudisteis? . . .

GONZALO

Yo he podido,
montando la centinela,
darle al mosaico bruñido
fango que traje prendido
de los picos de la espuela
y es mancha, Doña Isabel:
¡pero améngüela mi acción
de arrancarme el corazón
para tajarla con él!

ISABEL

(Grave y dolorida.)

Salid.

GONZALO

¿Dónde es mi castigo,
Alteza?

ISABEL

Donde no os vea.

*(Don Gonzalo va a salir
por la izquierda; el Rey, con
el arranque de nobleza que
en él se sobrepone al légamo
habitual, le ataja, diciéndole.)*

REY

Dice la Reina; y yo os digo,
pues calló el sitio, ¡que sea
delante del enemigo!
¡Váis a Italia! El nombramiento
con su perdón soberano
dejo a la Reina en su mano
y partiréis al momento;
porque mejor o peor
serás para ti Gonzalo;
pero en ser de nuestro honor
escudo y amparador
¡desde hoy, con nadie te igualo!

*(Salen Gonzalo y Zapata
por la izquierda; la Reina
dice a Doña Beatriz.)*